

cines', ni cohibirse tampoco por la sinceridad de quien exterioriza y comparte en sus películas el triunfo de una sensibilidad artística e ideológica, peculiar, inconfundible y concreta que coquetea con lo *pop* y lo *kitsch*, al tiempo que desnuda sin pudor las 'perversiones' y 'rituales' consumistas.

En definitiva, 'solo ante el peligro' e irreductible en su empeño de propiciar una unión certera y verdadera entre el arte y la vida, Jacques Tati experimenta, de la mano y de la exquisita precocidad intelectual de Tatiana Aragón Paniagua, una feliz 'puesta en valor'. A lo largo de las páginas de este libro, ella nos invita -como lectores primero y espectadores después- a romper nuestra pasividad y eliminar distancias y susceptibilidades respecto al cómico y cineasta galo. Sin

menoscabo de su rigor científico e impecable calidad literaria, el libro consigue implicarnos de lleno en el hermoso proyecto de Tati de hacer reinar la belleza de la risa y el carácter liberador de lo lúdico que -recordando a Adolf Loos- vuelve a sacar a la palestra la magia del 'arte como juego', en cuanto a catalizador de caprichosas metamorfosis interiores que, desde luego, tendrán beneficiosos y 'saludables' efectos en todos nosotros. Y es que, ya no será tan fácil avergonzarnos ni ruborizarnos cuando algún quisquilloso malhumorado quiera 'reprocharnos' y echarnos en cara nuestra falta de 'seriedad', haciendo resonar en nuestros oídos aquellas palabras tan 'solemnes' de Horacio: *Spectatum admissi risum teneatis amici* ('Contemplado esto, ¿podéis, amigos, contener la risa?'). ¡Por supuesto que no...!

■ LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Juan Jesús: *Imágenes elocuentes. Estudios sobre patrimonio escultórico*. Granada, Editorial Atrio, 2009.

Juan Antonio Sánchez López  
Universidad de Málaga



Decía Federico García Lorca que la estética genuinamente 'granadina' era la del diminutivo, la de la cosa minúscula, y sus creaciones justas, la del cama-

rín y el mirador, de bellas y reducidas proporciones, así como la del jardín pequeño y la estatua chica. Esa misma estatua chica -que, sin discusión, perso-

nifica la *Inmaculada* de Alonso Cano de la Sacristía de la Catedral- puede resultar encantadora y coqueta en sus dimensiones, pero inmensamente sublime y metafísica en su esplendor y plenitud plástica, hasta el punto de resultar hondamente paradigmática de esa estética esencial que Antonio Gallego Burín imaginase encerrada, como si de un mágico y concentrado perfume se tratara, en el pequeño pomo de cristal y oro del alma de la ciudad del Darro.

Pasados los años, han sido muy numerosas las aportaciones que han engrandecido, cuantitativa y cualitativamente, el prontuario historiográfico del Barroco en Granada, una de las más sugerentes facetas de esa maravillosa piedra preciosa a la que, metafóricamente, es susceptible de compararse el universo maravilloso y contradictorio –uno y múltiple, homogéneo y caleidoscópico al mismo tiempo- de uno de los períodos culturales más apasionados, prolíficos y complejos de la Historia. En este sentido, no constituye un tópico recurrente recordar, una vez más, la importancia de los trabajos del profesor Emilio Orozco Díaz como una punta de lanza que reivindicaba, en unos tiempos en los que el formalismo y el academicismo caduco campeaban por sus respetos, la conveniencia de plantear los estudios del Barroco acorde a la –hoy, por cierto, tan referida- ‘transversalidad’.

De su mano, Literatura, Arte, Sociedad, Religión y Cultura configuran cinco ‘frentes’ o perspectivas diferentes que convergen en la explicación del objeto artístico barroco como fenómeno

complejo, en el que más allá de lo ‘objetual’ –valga la redundancia- accedemos al desciframiento y comprensión de lo conceptual. Precisamente, por esta causa, podemos felicitarnos por la aparición de esta relevante contribución del profesor Juan Jesús López-Guadalupe Muñoz. Profundo conocedor del mundo de la creación escultórica granadina de la Edad Moderna y destacado especialista en la figura carismática y siempre fascinante de José de Mora, *Imágenes elocuentes. Estudios sobre patrimonio escultórico*, viene a consagrarlo como legítimo heredero de los planteamientos poliédricos y aperturistas ya intuidos en las contribuciones de Orozco, así como del rigor analítico del profesor Domingo Sánchez-Mesa Martín, y así se plasma aquí en cuanto a la estructuración y los criterios tenidos en cuenta a la hora de darle oportuna forma.

El libro recurre a una acertada vertebración ‘modular’ que insta al autor a construir el discurso mediante ensayos independientes desde el punto de vista literario y que, sin menoscabo de su autonomía, se interrelacionan para configurar distintos bloques temáticos que gravitan alrededor de los grandes asuntos que perfilan el quehacer escultórico en la Granada del Barroco. Así las cosas, desde una perspectiva estrictamente teórica estrechamente ligada a lo que es y se identifica como ‘imagen’ y lo que se espera de ella, accedemos al proceso histórico que informa la gestación, desarrollo y transformación de los grandes tipos iconográficos, sin olvidar tampoco el peso específico individual ejercido por los grandes maestros en la

aparición, eclosión y declive de una escuela y, por supuesto, la pervivencia y proyección de los estilemas y modelos más antológicamente representativos de 'lo granadino' en el mundo contemporáneo.

En este sentido, de auténticamente memorables cabe calificar los ensayos dedicados a glosar la problemática particular de temas, tan intrínsecamente ligados a la sensibilidad popular andaluza en general, y granadina en particular, como los del *Ecce-Homo*, el Nazareno, el Crucificado y el Cristo Yacente a través de un versátil periplo que, desde el Renacimiento, nos sitúa frente a las transformaciones y bizarrías manieristas para, desde ahí, recalar en la robusta monumentalidad de ese primer naturalismo, que terminaría desembocando en ese frágil, intimista, místico y desbordante barroco. De la lectura sosegada de estos capítulos, se advierte la capacidad de la imagen escultórica barroca para actuar, ser vista y entendida, más que nunca, como el figurado vértice de unos códigos visuales y unas estrategias lingüísticas que, a la postre, convierten las habilidades y principios técnicos, las destrezas compositivas, las convenciones iconográficas, los alardes estéticos y los recursos teatrales en 'accidentes' o, si se prefiere, en meros instrumentos o 'medios' al servicio de unos objetivos religiosos. Semejante 'trascendencia' se antoja como fin último de un cúmulo de experiencias íntimamente ligadas a las expectativas de una sociedad controvertida y contradictoria, acosada por múltiples problemas de subsistencia, indefensión, control y pre-

sión ejercida por unos estratos que proclaman, a voces, la inevitable obligación de 'ser', 'significar', 'actuar' y 'parecer' a toda costa.

Es desde esa sociedad, estudiada a título específico por López-Guadalupe en el contexto de la Granada barroca, desde la cual surgen, se configuran, se perfeccionan y logran su plenitud más exitosa y rotunda esas 'imágenes elocuentes', que demuestran, de esta manera, y una vez más, su versatilidad y asombrosa capacidad de adaptación a las expectativas y la sensibilidad del ser humano, en su relación con la evocación de lo sobrenatural y la presencia de lo sagrado al compás de las circunstancias de la Historia. Pero, en muchos casos, también esas 'imágenes elocuentes' dejan de ser *imágenes-objeto* en cuanto representaciones, más o menos fieles y 'didácticas', de un episodio narrativo para convertirse en *imágenes-símbolo* de hondo y aún 'críptico' significado, a veces, cuyas facultades retóricas se antojan 'saturadas', merced al refuerzo insustituible del *conchetto* literario aportado por los libros de meditación, la homilética y la literatura piadosa, según expone el autor en los ensayos dedicados a los asuntos de la Piedad y la Soledad de María.

En este punto, el discurso de la obra nos conduce ante los 'culpables' de la situación. Sin infravalorar ni un ápice la alta responsabilidad de los comitentes y promotores en la 'razón de ser' y aún en el propio 'ser' de la obra, no es menos cierto que sin unos artífices capaces de dar rienda suelta a su imagi-

nación, a su habilidad, a su destreza, a su originalidad y a su inventiva, a la hora de materializar y dar forma a los deseos y exigencias de sus clientes, quizás hoy no nos estaríamos felicitando y fascinando ante los logros extraordinarios cosechados por los escultores al rematar sus piezas. Jacopo Florentino, Pablo de Rojas, Alonso Cano, Alonso de Mena y Pedro de Mena, José de Mora, José Risueño o Torcuato Ruiz el Peral insuflarían vida y, especialmente, 'alma' a la madera de la que nacieron creaciones inolvidables que, justo es decir, gracias al presente y otros estudios del profesor López-Guadalupe, reclaman, con insistencia y sin fisuras, la atención de la crítica especialista nacional e internacional a la hora de reconocer en la escultura policromada española, desde su propia 'puesta en valor', una de las experiencias artísticas más completas, totalizadoras e interesantes en la conquista de esa 'obsesión hiperrealista', a veces más allá de los límites de la realidad, que embarga las grandes creaciones del Barroco mundial.

Pero, tratándose de Andalucía, y por supuesto de Granada, no podía faltar un corolario oportuno a este libro, representado en el cuarto y último bloque en el que López-Guadalupe reflexiona sobre la 'prolongación' del Barroco más allá de su cronología 'histórica'. En efecto, tratándose de un sistema cultural, incluso de un *modus vivendi*, hon-

damente arraigado en el componente antropológico de Granada y las restantes provincias sureñas, el Barroco no podía morir. Es más, se resistió a morir y a dejarse aniquilar por el dogmatismo academicista, los desmanes políticos y las intransigencias filosóficas. De ahí que buscara y encontrara refugio en lo más profundo del ser humano, 'resucitando' de insólitas maneras y jugando a los fusionismos, eclecticismos, historicismos, regionalismos, casticismos y neologismos en pos de una renovada –y a veces confusa, cuando no comprometida- identidad pero, no ya en el estado 'químicamente puro' con el que se revelaba durante los Siglos de Oro. A la vista de lo expuesto, nos queda perfectamente claro que estas 'imágenes elocuentes' todavía tienen mucho que decirnos. Y, seguramente, la labor investigadora del profesor Juan Jesús López-Guadalupe Muñoz sabrá seguir dándonos testimonio y muestra de ello. ¡Ojalá!, algún día estemos en disposición de escribir sobre otra obra suya y que, ésta, no sea otra que esa gran obra totalizadora sobre la escultura en la Granada de los siglos XVI, XVII y XVIII que, todavía, sigue constituyendo una de las grandes asignaturas pendientes en el marco genérico de los estudios generalistas sobre el tema en España y fuera de ella. Y, entonces, como en el relato de las Bodas de Caná se cumplirá el dicho de que 'lo mejor' vendrá y se reserva para el final.